



González Vera.

OTRAS ESTAMPAS

ESE día hubo sólo un amago de crepúsculo. El desteñado arrebol se apagó. Masas de nubes cenicientas encapotaron el cielo y fueron desplazándose contra la tierra. Primero en tardíos y ralos goterones; luego en hilillos continuos; después en lluvia decidida y empapadora.

El invierno es el rostro común de la tristeza.

Las calles se encharcan y las aceras se untan de espeso lodo.

La calle Rivera era casi exactamente el camino del infierno; pero de un infierno populachero y alegre. Desde su arranque estaba formada por dos filas de puertecillas y ventanucos. Las casas eran de adobes y los techos de teja y la calle, más que una vía, era un conjunto de baches.

Precipitábase contra las retinas del viandante mujeres esféricas, vecinos bigotudos, chiquillos con movilidad de quirquinchos, quiltros aulladores, curas apresurados, ventas de fritangas, tabernas con gramófonos, holgazanes junto a los faroles, borrachines y rateros sobresaltados.

Desde los umbrales espectaba un vecindario abigarrado.

Lejos, casi en las Hornillas, sonaban con son liviano las campanas del ángelus.

Irrumpió en un ¡ay! quebrado y angustioso una mujer. Corrieron los ociosos imantados por el grito. Unos acudían en camisa, otros con manchadas cotonas o grasientos delantales: eran taberneros, cortadores de carne y dueños de pequeños negocios.

Formaron un círculo ondeante. Dentro, la mujer del grito estaba encucillada sosteniendo un chicuelín. Con su mano derecha reunía sus envoltorios.

—Yo venía—explicó mientras se ponía de pie—, y cuando bajé allá en la esquina... como traigo tantas cosas... temí se me cayeran. Y caminaba ligero; pero ¡qué mala está la acera! ¡Ah, le pasa a una cada percañe...! Y en eso se me cayó el maletín... Grité al ver que otro le ponía la mano encima. Es muy natural. Bueno es mermarle al rico que todo lo quiere para sí; pero a una... No sé cual sería la intención de ese hombre.

Y lo miró con sus extraños ojos de pajarraco.

Ese hombre se había enderezado también. Y no resultaba tan hombre. Era, en realidad, un huaina enjuto, de mandíbula empecinada, mirar muy tranquilo y piel morena. Tenía la cara congestionada.

El auditorio había sorbido cada palabra de la mujer y sintió que la acusación fuese tan imprecisa pues esta imprecisión le impedía entregarse a una pateadura inmediata y justiciera; pero, sobre todo, inmediata.

—Mi intención fué pasársela—dijo el huaina dando vuelta el sombrero entre las manos—. ¡Traía tanto paquete la pobre señora...! Eso es todo.

Y trató de abrirse paso; pero la multitud a codazos lo fijó en el círculo.

—¿A dónde va con tanto viento?—exclamó alguien. Todos hacían ademanes dignos de una temperatura

Otras estampas

más alta. La lluvia, aunque amainando, caía sobre las cabezas. Toda la calle aflucía al montón.

—Las cosas no se arreglan así nomás—bufó un verdulero.

¡Pobre verdulero! El destino le estaba haciendo una jugada.

—¡Qué compasivo el jovencito...!—exclamó una voz anónima.

—Parece mentira que haya tanto sinvergüenza—afirmó un aspirante a pensador—. ¡Hay que ver!

—Pronto inicia su carrera—sentenció un veterano de enrojecida nariz.

—Oiga joven... ¿no le amarraron las manos cuando chico?

Esto fué dicho melífluamente por el que roba tras el mostrador.

—Menos mal que nosotros estábamos cerca.... Si así no hubiera sido....

—Maricones.... Ni a las mujeres respetan. ¿Es que no tienen brazos para trabajar? Si fuera autoridad, ¡ah mejor nunca lo sea!; los secaría a palos. Ni más ni menos. Cuando la guerra con el Perú... por un par de botones, nadie se libraba de los veinticinco azotes. Y por hechos graves... ¡dos balas! ¡Entonces iba todo derecho. ¡Ah, aquel tiempo... aquel tiempo...!

Y el tiempo de su juventud, invisible para los demás, se posaba sobre la calle y cubría el espacio en torno suyo.

—¡Veterano.... Usted sabe la biblia. Eso es hablar poco y bien—exclamó, entusiasmado, casi frenético, el despachero—y vale un trago. ¿Vamos a probar la chicha baya?

Y tomados del brazo se fueron.

—Mejor sería dejar esto en nada....—propuso un hombrecillo de blanda figura, flaco, pálido, gastado, con la cara llena de marfil y sabiduría.

Simpático el hombrecillo ese.... Y hombrecillo ¿por

qué? ¿Acaso por su bondad, por no proceder como un bruto y por ser el primero, y el único, que proponía la única solución inteligente? Acaso....

—A lo mejor usted es del mismo palo.... Y están combinados—repuso un escéptico.

—Entonces.... ¡Váyanse al diablo!—respondió el hombrecillo ofendido. Y sus pasos lo llevaron lejos.

El verdulero, hombre delgaducho, amargo, gran fumador y de verbo drástico, dijo:

—¡Y pensar que hasta los mañosos encuentran defensor...!

—Eso que se lo aguante su madre, ¡yo no!

Y el mozalbete abofeteó la faz vinagre del verdulero. Este se tambaleó insensatamente y, careciendo de apoyo, rebotó en el suelo enlodado.

Un ventrudo guardián, por arriba con abundante bigote, se adentró en el grupo:

—¿Qué chimuchina es esta?

—Señor—dijo la mujer—, mi cartera..., por suerte... como vieron varios... quizá qué habría pasado sino... porque una es mujer....

Dos voluntarios sujetaban al doble hechor que, desmelenado y jadeante, se esforzaba en desasirse. Otros curiosos habían logrado levantar al verdulero. El pobre diablo sangraba por la nariz y recitaba injurias candentes.

El hechor, forcejeando en vano, trató también de hacerse oír.

—¡Eso... lo explicarán en la comisaría! ¿Y ustedes, qué hacen aquí? Sigán su camino.

Y asió al mozalbete de la bocamanga.

Y bajo la llovizna el guardián, el mozalbete, la mujer y el verdulero se fueron a la comisaría, empujados por el mismo desagradable destino.

—¡Cabo de guardia!—gritó desde su garita el centinela.

Entraron a un patio adoquinado, sobrecogedor y

más sombrío que túnel. Torcieron a la izquierda. Piafaban en la cuadra los caballos. Tanto el acusado como los reclamantes sentían una pesarosa inseguridad. Subieron un escalón y se hallaron en una sala muy ancha, muy larga, altísima de muros, desnuda y mal iluminada. Una baranda partía la habitación de izquierda a derecha. Más allá de la división destacábase el escritorio burocrático. Detrás, pero a mayor altura, permanecía una gorra azul; bajo ésta una cara redonda y, descendiendo siempre, un uniforme hinchado. De ahí solía escaparse un grito bronco.

El hechor, la mujer y el verdulero se acomodaron en un escaño larguísimo, en espera del turno.

Junto a la baranda un hombre hablaba y accionaba como si estuviese representando. En segundo plano escuchaban otros individuos. Eran pentecostales.

—Nosotros no ofendemos ni contrariamos la moral. Solamente queremos enseñar la palabra del Señor. ¿Por qué se nos detiene?

El verdulero se oprimía las narices con su pañuelo floreado y se revolvía en el escaño. La mujer con su hierática faz de pájaro estaba atenta a las palabras del pentecostal y el hechor, ensimismado, miraba el piso.

—Queremos enderezar las acciones de nuestros hermanos. Queremos hacerles ver la luz que nos guía. Cristo ha puesto la verdad en nuestros corazones. Vivimos por ella y por ella moriremos, si es necesario. Entonces, cuando eso ocurra, esta verdad que nos anima... penetrará en otros espíritus. Acaso en el suyo señor oficial.... El Cordero nos acompaña. Somos como chispitas....

Decía las palabras mostrando unos dientes blanquísimos. Y sus dientes contrastaban con el negro cutis de su faz y con su cabellera de quisco. Era de estatura corriente, duro, con esa formidable delgadez del hombre nortino.

Los demás individuos tenían en el rostro algo firme

y tosco. Vestían pobremente pero con cierta compostura puritana. Escuchaban en una especie de trance e impresionaban por su sincera ingenuidad. Así debieron ser los esclavos que propagaron el cristianismo.

—Mire cabo—ordenó el oficial—, ¡échelos al calabozo...! Están enfermos del chape. A ver si así se les ablanda.

Los enfermos del chape se alejaron cantando «¡Tú eres nuestro salvador!».

En el pasadizo les gritó el cabo:

—¡A callarse... canutos recondenaos!

El oficial miraba a los tres detenidos. Tenía la cabeza apoyada en su izquierda mano. Había en su cara redonda, picada por la viruela, la inmovilidad del cartón piedra. Fulguraban sus ojos. En ese instante estaba letalmente aburrido y hostil. Sus labios gruesos indicaban cierto declive por los placeres bastos.

—Y éstos... ¿qué desean?—preguntó al guardián.

—Ese huaina intentó quitarle el maletín a la señora y como se opusiera este comerciante, lo agredió. Parece que le ha fracturado la nariz.

—A ver... ¡diga señora!—vociferó el oficial clavándole su mirada de barreno.

Mientras la mujer reunía palabras, él pensaba: «¿Quién será el marido de este pajarraco? Vaya si se necesita indiferencia para hacerle un hijo. No hay duda... Es fea sin remedio... Y ni siquiera tiene ese ápice de simpatía que la naturaleza otorga a los más desvalidos... Su nariz y sus ojos son imposibles...»

Luego trató de figurarse al marido de tan singular creatura. «¿Qué peregrina razón pudo unirlo a esa mujer?»

Después vió una montaña. Luego percibió cierta figura en movimiento. Cuando ésta se acercó un tanto comprendió que se trataba de un pajarraco, de un raro pajarraco que andaba sobre las extremidades, tan de-

rechamente como las personas, y que, sin embargo, tenía la apariencia de un loro gigantesco.

El absurdo pajarraco apenas llegó a poblado se cubrió con un manto. Así envuelto fué adquiriendo la más completa feminidad. Sin saber cómo de repente entró en la ciudad con un niño de la mano.

—Mi maletín—hablaba la mujer—se me cayó al llegar a Maruri, y este... este joven quiso recogerlo. Si pensaba arrancar... no podría asegurarlo; pero lo tomó. ¡Si no es por la gente!

—¡Un momento!—exclamó el oficial, extrañado de la facilidad con que hablaba la mujer. Y la miraba con la remota pero ansiada esperanza de oírla graznar.

El verdulero se acercó a la baranda sin quitarse el pañuelo de sus quebrantadas narices. ¡Qué lastimoso era su estado! La cólera lo tenía trémulo.

—Este palomilla...—fueron sus primeras palabras. —¡Sí! a ti me refiero, rondaba la cuadra desde hacía rato. Estaba hambriento de dar un buen golpe.... Cuando se le cayó el maletín a la señora debió decir «esta es la mía», porque se avalanzó. Yo estaba en la puerta de mi negocio mirando pasar gente; ¿podría desentenderme ante tamaño despojo? ¡Claro que no! Entonces intervine, evité el robo y enrostré a ese sujeto—y en esta parte se volvía hacia el hechor—su mal proceder. Pues bien. Apenas me descuidé, el canalla, traidoramente, me asestó la más tremenda bofetada.... ¿Por qué no me dejaron defenderme? Te aseguro, granuja, que no estarías tan orondo.... Señor oficial, mi nariz debe estar rota. No he podido contener la sangre.

—¡Cabo... llévelo al botiquín!—ordenó.

—Y tú... ¿cómo te llamas?

—Diego Iturriaga, para servir a su merced.

—¿Tienes algo que decir?

—Si su merced me permite.... Venía detrás de esa señora; pero sólo lo advertí cuando se le cayó la cartera.

Mi intención, se lo juro señor—y que me recondene si miento—, fué pasársela. Eso es todo. Después el maestro de las verduras me acriminó y casi me sacó la madre. Y yo no aguanto eso. No soy de fierro. Ud. verá señor.

—Pásenlo al calabozo—gritó el oficial.

Estaba muy fastidiado y, de poderlo, a todos los hubiera hecho colgar.